

Mis páginas mejores

Sentido de esta antología

No creo que sea tarea demasiado difícil para un escritor esta de seleccionar sus mejores páginas. En último término se seleccionan las peores y se descartan, se hace una segunda selección, que es descartada a su vez, y se continúa así hasta que, descartado ya todo lo descartable, no le queden a uno en la mano más páginas que las estrictamente necesarias para formar un volumen. Entonces se cogen estas páginas, se ordenan y se le presentan al público diciéndole:

—He aquí mis páginas mejores. Las otras son también bastante buenas, no se vayan ustedes a creer. Tienen forzosamente que ser buenas porque lo mejor solo puede salir de lo bueno, pero estas les dan ciento y raya a todas las demás, y yo me apresuro a ofrecérselas a ustedes ahora en este tomo para solaz y edificación de su espíritu.

Evidentemente, cualquier escritor puede, con relativa facilidad, seleccionar lo mejor, lo menos malo o lo más logrado de toda su obra y, aunque esto es, precisamente, lo único que se solicita de mí, yo quisiera ir algo más lejos. Sí, señores. Yo quisiera que estas páginas mías tuvieran entre sí una cierta correlación orgánica, que se apoyasen las unas en las otras, que las de tal o cual época quedasen explicadas y justificadas por las de épocas anteriores, y que, en conjunto, le diesen todas ellas al lector una idea exacta de cómo ha ido formándose, a través del tiempo y sus vicisitudes, la mentalidad y el estilo con que hoy anda uno por el mundo.

Esto es lo que yo quisiera, y, a fin de conseguirlo, comienzo mi antología con unos artículos que allá por el año 1907 o 1908, escribí desde mi Galicia natal antes de que el contacto con pueblos extraños hubiese podido influirme ni poco ni mucho. Luego viene la serie que título «Una ojeada al mundo» —Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, etcétera— y, después, hay una gran cantidad de pequeños ensayos sobre la vida española para la que tengo ya un término de comparación que, a veces, la deja muy bien parada y, a veces, la hace quedar bastante mal. Así, y no ateniéndome tan solo a los valores exclusivamente literarios de mi obra —mi modesta obra, si quieren ustedes—, he ido ordenando yo esta antología, que completo al final con unos trabajos de los dos o tres años últimos, todavía no recogidos en volumen, y, una vez que la he ordenado, me parece que he perdido el tiempo, porque quizá todo eso de cómo uno se ha formado o de cómo ha dejado de formarse, no tenga el menor interés para nadie, pero ¿qué más da? Y, después de todo, ¿para qué estamos aquí más que para perder el tiempo? Hay quien pierde el suyo haciendo solitarios con la baraja, y ¿por qué no he de poder yo perder el mío haciendo uno con mis artículos?

En el pueblo natal

No diré yo que los artículos de este grupo, escritos allá por el 1907 o el 1908, sean, precisamente, mis primeros artículos, pero, desde luego, son los más antiguos que puedan encontrarse con mi firma en libros o colecciones de periódicos. Tampoco diré que, cuando los escribí, no hubiera salido yo todavía ninguna vez de mi ámbito familiar, porque no creo haberlos escrito antes de los dieciocho años y, según cuentan los autores de *El concepto contemporáneo de España*¹ —magnífica obra editada por el Hispanic Institute in the United States—, a los trece ya me había ido a Buenos Aires oculto en la bodega de un barco, pero ¿qué persona de mi pueblo no se iba por aquel entonces a Buenos Aires oculta en la bodega de un barco cuando cumplía los trece años? Buenos Aires era en aquellos tiempos para nosotros un paseo tan habitual como el de las Sinas o el del Montañío. La gran ciudad formaba, por decirlo así, parte de nuestras afueras, y aquella escapada mía no puede interpretarse, en modo alguno, como una toma de contacto con el extranjero.

¹ *El concepto contemporáneo de España: antología de ensayos (1895-1931)* es una conocida selección de textos comentados, editada por Ángel del Río y M. J. Benardete. No la publicó el Hispanic Institute in the United States (no existió tal Instituto, pero supongo que se refiere al Instituto de las Españas, de la Universidad de Columbia), sino la editorial Losada en Madrid en 1946. A propósito de un error incluido en sus páginas, Camba bromea con una confusión muy extendida en la bibliografía sobre su vida: que viajó como polizón, a Buenos Aires, cuando tenía trece años. La realidad es que lo hizo en abril de 1901, cuando tenía dieciséis.

Los curas de aldea²

Tenía yo diez o doce años cuando un señor piadoso pretendió convencer a mis padres de que me enviasen a un Seminario y me hiciesen cura. Yo había comenzado entonces a fumar y estaba ensayándome en echar el humo por las narices. El acto de echar humo por las narices era para mí el signo más fuerte de la virilidad, y yo lo ejecutaba solemnemente delante de mi novia, la cual ya vestía de largo. En aquella época faltaba yo frecuentemente a la escuela y a la misa. La misa me indignaba más todavía que la escuela, y en el atrio de la iglesia solía yo hacer gala de un escepticismo volteriano que era el terror de mi novia. ¡Tener novia, echar humo por las narices y estar en el secreto de las cosas de iglesia!... Solo me faltaba una capa y un poco de bigote para ser un don Juan ateo, seductor y cruel, como el de una compañía ambulante de fantoches que había estado recientemente en el pueblo.

Cuando mis padres me propusieron que me fuera a Santiago para ingresar en el Seminario, yo introduje las manos en los bolsillos de mi pantalón —el primer pantalón largo que usé— y sonreí con una sonrisa sardónica, adjetivo para las sonrisas que yo había encontrado en un folletín del se-

² Se publicó por primera vez, con el mismo título, en el periódico *El Mundo* (4-VI-1908). En 1916 fue incluido en el libro titulado *Playas, ciudades y montañas*, del que procede este texto.

ñor Tárrago y Mateos³, y que usaba en todas las circunstancias un poco importantes.

—Mis ideas —dije, con una gran prosopopeya en contestación a mis padres— no me permiten ser cura.

Hasta ahora a nadie se le había ocurrido preguntarme por qué no soy cura; pero esto no importa, y yo tengo interés en dejarlo explicado aquí. No soy cura, y lo siento, porque yo estaría muy a gusto en uno de estos curatos campesinos, donde las gentes nacen, viven y mueren bajo el santo temor de Dios. No hay palacio comparable a estas rectorales de las aldeas de Galicia rodeadas de viña, de jardín y de huerto, y amuebladas con muebles de roble antiguo y de cuero mate. En ellas la vida es amable, sensual y glotona, como en los versos del Arcipreste⁴; las gallinas ponen para el cura sus más grandes y sabrosos huevos; la ubre de las vacas y de las cabras, exprimidas por las manos virginales de las zagalas, da para el cura su leche más blanca, espumosa y nutritiva; los árboles reservan para el cura la más opima y succulenta madurez de sus frutas. ¡Y qué vino este vino hecho especialmente para el cura, con uvas que se escogen una a una!...

La rectoral suele estar adosada a la iglesia. En los días de romería, el baile se celebra en el atrio, al son de una gaita y un tamboril o de una banda municipal, que es cosa más fina. La función profana se combina con la función religiosa, y el cura dirige las dos. Por la noche es también en el atrio donde —en la mayor parte de las aldeas— se queman los fuegos de artificio y se lanzan los globos de fulminante.

Si yo fuese cura, ¡qué buen cura sería! Tendría muy bien encuadernados, y en un estante de encina o de nogal, a mi

³ Torcuato Tárrago y Mateos (1822-1889) fue un militar y escritor español, famoso por ser autor de numerosos folletines y novelas históricas, muy divulgadas en su época.

⁴ Referencia a los versos del *Libro del buen amor* (1330 y 1343), del escritor español Juan Ruiz (c. 1283-1350), conocido como el Arcipreste de Hita.

Horacio y a mi Virgilio, que leería sabia y lentamente, en un latín de mayúsculas góticas impresas en tinta encarnada. Bendeciría todos los frutos; absolvería todos los pecados, y a mis buenas feligresas les haría confiar constantemente en la infinita misericordia de Dios. Me haría querer de todo el mundo, aun de los suscriptores de *Las Dominicales*⁵ que pudiese haber en el contorno, y los chicos irían a la rectoral a llevarme regalos, que yo disfrutaría después de ofrendárselos al Señor, y las muchachas besarían mi diestra, dispuesta siempre a bendecirlas.

¿Por qué no he querido ser cura? ¿Qué demonio mal informado me visitó en un sueño intranquilo para aconsejarme que no lo fuese? Todavía hace poco que una buena mujer, aludiendo a los azares de mi vida de periodista, me ha dicho:

—¡Cuánto mejor estarías en un curato de por aquí!

Y añadió:

—Mejor para el alma y mejor para el cuerpo.

⁵ *Las Dominicales del Libre Pensamiento* fue un semanario de ideología republicana (próximo al político Manuel Ruiz Zorrilla) y contenido heterodoxo, fundado por los periodistas republicanos federales, Ramón Chías (conocido por su seudónimo «Eduardo de Riofranco») y Fernando Lozano Montes (conocido por su seudónimo «Demófilo»). Se editó en Madrid, entre 1883 y 1909. Durante su existencia, fue constantemente censurado y denunciado por las autoridades políticas y la Iglesia católica.

La diligencia⁶

—Heme aquí en una diligencia, camino de Cambados.

He podido hacer el viaje en tren hasta el Carril; pero el caso era meterse en una diligencia para luego quejarse de ella. Afortunadamente, el progreso no ha avanzado tanto que no haya aún por estos caminos algunas diligencias para los viajeros literarios o filosóficos.

Conmigo viajan una señora gorda, un cura, un propietario y un recaudador de contribuciones.

—Yo no quise ir en el tren —dice la señora gorda— porque la diligencia es más segura.

—Pues yo vengo en la diligencia porque me deja en la puerta de mi casa —dice el propietario.

El cura se explica así:

—La diligencia es más tranquila que el tren. A mí que no me hablen del tren más que para los viajes largos.

Y el recaudador manifiesta que su espíritu es incompatible con la puntualidad del tren.

—Nunca espera por uno. Luego, supóngase usted que se le ocurre cualquier cosa en el camino. Pues no puede usted bajarse y se tiene usted que fastidiar. Los maquinistas son mucho más orgullosos que los cocheros...

⁶ Se publicó por primera vez, con el mismo título, en el periódico *El Mundo* (8-VI-1908). En 1916 fue incluido en el libro titulado *Playas, ciudades y montañas*, del que procede este texto.

Queda reconocida la superioridad de la diligencia sobre el tren, por una razón de literatura, otra de seguridad, otra de egoísmo, otra de longitud y otra de amor propio. Así ha resultado de una minuciosa conferencia verificada en el camino de Cambados por una señora gorda, un sacerdote, un propietario, un recaudador de contribuciones y un periodista.

Pero en seguida todos nos ponemos a murmurar de la diligencia con el fútil pretexto de que la nuestra no anda nada. ¡Yo mismo protesto contra su lentitud, como si tuviese algo que hacer en Cambados! La señora gorda, que, aunque gorda, es sentimental, manifiesta una honda piedad por las mulas!

—¿Ustedes oyen lo que les dice el cochero a los animalitos? ¡Vaya un lenguaje!

El lenguaje, en efecto, no es muy parlamentario; pero acaso las mulas no entendieran por medio de eufemismos.

—¡Ay! —exclama la señora—, Las mulas también son de Dios. ¿No es verdad, señor cura?

—Todo es de Dios en el Universo —responde sentenciosamente el sacerdote.

Mientras tanto, la diligencia baila sobre los baches, entre la cascabelería de las mulas, hijas de Dios. ¿A quién se le habrá ocurrido la idea de rodear con collares de cascabeles los cuellos de las mulas de las diligencias? ¿No son los cascabeles instrumentos de alegría? Y la primera condición de la alegría ¿no es la libertad? El mayoral descarga su fusta sobre estos lomos esclavos, y, en el impulso del dolor, producen las mulas una alegre música de cascabeles. A veces, la punta del látigo se tiñe de sangre, y entonces los cascabeles suenan más ruidosos que nunca. El rumor de los cascabeles, una nube de polvo, las injurias del cochero y unos chicos que salen de las escuelas campesinas con la cartera bajo el brazo y la falda de la camisa mostrándose por la abertura del pantalón: he aquí el pintoresco acompañamiento de nuestra diligencia. A la hora de ir en ella, apenas si hemos hecho dos leguas de camino.

—¡Qué calma! —dice el propietario.

Un filósofo diría:

—¡Qué velocidad!

¿Para qué, más prisa, en efecto? ¿Hay algo en el mundo que valga la pena de ir a buscarlo de prisa? Esta diligencia marcha camino de Cambados. Si fuera un filósofo en ella, ¿qué más le daría llegar a Cambados una hora antes que una hora después? Cada uno de los que vamos aquí —la señora gorda, el cura, el recaudador de contribuciones, el propietario y yo— podemos estar seguros de que el destino nos aguardará en Cambados pacientemente, tardemos lo que tardemos, y que allí hará entre nosotros su distribución de males y de bienes con arreglo a un designio anterior e inmutable.

En Cambados recobramos nuestro tedio o nuestra alegría, nuestro amor o nuestra infelicidad, nuestra estupidez o nuestro ingenio, según una providencia en la que nuestra prisa no puede ejercer el menor influjo. La fusta de este mayoral hará saltar la sangre sobre los lomos de las mulas; pero toda la sangre que en ellos brote será estéril para nosotros. No tengas prisa, mayoral. Baja del pescante ante la próxima taberna y dile a la hija del tabernero que te sirva un jarro del rojo vino de estas viñas.

No os impacientéis, mulas de la diligencia. Sonad vuestros cascabeles, tan solo para espanto de las moscas, y creed que ni el pienso del pesebre ni el corazón de un caballo valen la pena de que se fatiguen unas mulas razonables, sobre todo cuando están uncidas a una diligencia.

¡La prisa! ¡La calma! No hay dos palabras en las que se encierren conceptos más relativos.

Hubo un tiempo en que las diligencias corrían tanto, que se las llamó seriamente «diligencias». ¡Dichoso tiempo, en el que todos los deseos eran lentos y cercanos! ¡Quién tuviera su espíritu y un buen automóvil!

La escuela rural⁷

El viejo maestro está orgulloso de mí. Ha oído decir que escribo bien y él lo considera como un triunfo.

—Ya, desde que eras muy pequeño, les dije a tus padres que llegarías a escribir bien. No había otro para la letra inglesa.

Pero también le han dicho que soy un poco hereje, y esto le disgusta.

—¡Cuidado que yo hice todo lo posible por educarte como es debido! Pero el catecismo no te entró nunca en la cabeza.

Hoy he pasado por delante de la escuela, y el maestro me invitó a entrar.

—¿No quieres recordar tus buenos tiempos?

¡Mis buenos tiempos! Al transponer el umbral me invadió una sensación retrospectiva de miedo y de angustia. Estuve por escaparme, lo que no le extrañaría gran cosa al amigo don Joaquín, ya que no sería la primera vez que lo hiciera. Pero me repuse al instante. Total, a mí no me iban a enseñar nada.

⁷ Se publicó por primera vez, con el mismo título, en el periódico *El Mundo* (28-VII-1909). En 1916 fue incluido en el libro titulado *Playas, ciudades y montañas*, del que procede este texto.

Habría unos cincuenta chicos escribiendo palotes en el papel Iturzaeta⁸, sobre unas cuantas mesas largas, negras, horribles.

—Tú, Juanito —dijo repentinamente el maestro dirigiéndose a un chico—, ya se te ha caído un borrón.

Se fue hacia el chico y le dijo:

—Pon la mano.

Juanito alargó una mano llena de miedo y de tinta. Entonces el domine empuñó el puntero y lo descargó con furia tres veces consecutivas sobre aquel remo criminal. Juanito prorrumpió en ayes desgarradores mientras sacaba la lengua y la pasaba sobre el borrón.

—Pero ¿no le hará daño esa tinta, don Joaquín?

—¡Quía! Para aprender a escribir es preciso tragar mucha.

Pero el muchacho no debía de tener grandes aspiraciones literarias, porque estuvo escupiendo tinta más de un cuarto de hora.

A mí todo aquello empezó a sentarme mal. No hay nada en los pueblos que me aflija tanto como las escuelas. Yo tengo de la escuela el recuerdo de un lugar de tortura adonde me enviaban mis padres para castigarme. Hay ciertas cosas que no se olvidan jamás, y yo nunca olvidaré que, siendo muy pequeño, hice un día no sé qué trastada en casa.

—A este chico —dijo mi padre— habrá que mandarlo a la escuela.

¡Cómo será la escuela cuando sirve de amenaza para los chicos! Las tres horas de por la mañana y las tres de por la tarde constituyen un verdadero suplicio. Los locales son infectos y pequeños. Las enfermedades de suciedad se hacen en ellos comunes a todos. Y al cabo de seis o siete años

⁸ Papel usado para el aprendizaje de la caligrafía, llamado así por estar pautado según el método ideado por el calígrafo José Francisco de Iturzaeta (1788-1853).

sale uno de allí sabiendo las cuatro reglas, escribir al dictado, los quebrados, las fábulas de Marte⁹ y el catecismo del padre Astete¹⁰. Pero ¿qué importa el haber aprendido poco o mucho? Lo malo es que de la escuela se sale con un odio terrible al estudio.

—¡Qué diferencia —me dice el maestro— de ahora a cuando venías aquí! La verdad es que eras travieso.

Don Joaquín no me perdona una pequeña lección que yo le di un día. Tenía este don Joaquín la mala costumbre, cuando se nos caía algún borrón sobre el cuaderno, de darnos unos cogotazos espantosos. Una vez que le vi venir hacia mí con intención de castigarme, yo me llevé la mano a la nuca, como si lo hiciera por un movimiento instintivo, pero sin abandonar la pluma, que puse con la punta hacia fuera, como si fuese una lanza. Don Joaquín, sin fijarse, descargó la mano sobre mi pescuezo y lanzó un alarido terrible. Aquel día se levantó la clase dos horas antes que de costumbre, y don Joaquín fue a enseñarle al médico una herida que manaba tinta.

—¿Te acuerdas? —me dice.

Luego me presenta a los alumnos más aventajados: dos grandullones a quienes ha conferido los títulos de inspector de clase e inspector de orden. Yo he disfrutado también de ambos cargos bajo la férula de don Joaquín. Eran honorarios, pero tenían lo que se llama «manos sucias». ¡Las inmoralidades que yo he cometido, dicho sea en el mejor sentido de la palabra, abusando de mi influencia! Yo era corruptible a cualquier precio, que lo mismo se me podía pagar en alfileres que en botones o en calcomanías.

Termina la clase, y los alumnos se ponen a cantar tabla: «Dos por una es dos, dos por dos, cuatro, dos por tres,

⁹ *Los amores de Marte y Venus* es una fábula escrita por el poeta y dramaturgo español Juan de la Cueva (1543-1612).

¹⁰ Gaspar Astete (1537-1601) fue un teólogo jesuita español, autor de un catecismo que tuvo una gran difusión en su época.

seis...». ¡Cinco, seis, siete años cantando siempre la misma estúpida canción! ¡Para qué se desarrolla la fantasía infantil!... Por fin se oye un coro formidable. «Diez por diez, cien». Y los chicos salen a la calle con la misma alegría con que pudieran salir de un presidio.

Una ojeada al mundo

Aquellos franceses de chaqué y Legión de Honor, Mérito Agrícola o Palmas Académicas que llevaban siempre en los bigotes reminiscencias de guisado y que, de puro cortes, le pedían a usted mil perdones cuando usted les pisaba un callo ni más ni menos que si hubieran sido ellos quienes le hubieran pisado un callo a usted, ¿dónde están? ¿Dónde están aquellos ingleses flacos y desganados que paseaban con tanta elegancia su aburrimiento por el mundo y que, si, por casualidad, tenían con usted el menor tropiezo en un bar o en un casino de playa, le amenazaban con avisar al Almirantazgo para que le echase a usted la escuadra encima? ¿Dónde aquellos alemanes de cabezota cuadrada que habían inundado el planeta de música, de cerveza, de filosofía y de salchichas? Y aquellos yanquis que veían, por ejemplo, una catedral gótica y le decían al guía que se la desmontase y les mandasen las piedras a Chicago después de numerarlas convenientemente, ¿qué se hicieron? ¿Qué fue de aquellos italianos que, de pronto, se ponían a hacer el tenorino y lanzaban al aire con gran prosopopeya un rabo de spaghetti envuelto en una nota musical? ¿Qué de aquellos portugueses, transidos de saudade, que habían descubierto un mundo y que, aunque estuviesen vestidos de harapos, se daban siempre unos a otros el tratamiento de «Vossa Escelencia»? Y aquellos suizos que, sin dejar de ser suizos, eran al mismo tiempo alemanes, italianos o franceses y estaban siempre dispuestos a venderle a usted un reloj o a prepararle una *fondue* en cualquier idioma, ¿en qué repliegues de la Jungfrau se han ocultado?

El mundo ha ido perdiendo poco a poco su alegre y pintoresca variedad y hoy podríamos decir que todos somos unos por obra y gracia de la aviación, el cine, la radio, los antibióticos, la coca-cola, el *nylon*, el plexiglás, los pucheretes a presión y tantas otras cosas, unas buenas y otras malas. Hoy todos somos unos y por ello, al reunir aquí estos artículos escritos entre los años 1909 y 1914, yo recuerdo con nostalgia, y un poco a la manera de Jorge Manrique, la época en que éramos diferentes.